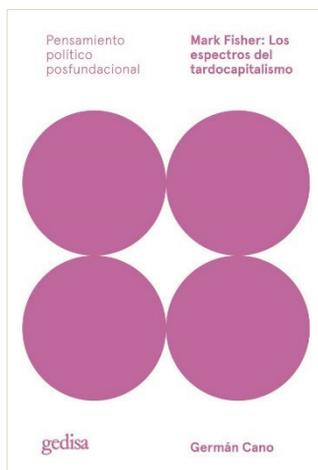


## Reseña de *'Mark Fisher: Los espectros del tardocapitalismo'*

DOI: 10.5281/zenodo.8212912



Germán Cano  
Gedisa  
Barcelona, 2023  
149 páginas  
ISBN: 978-8419406002

El filósofo español Germán Cano, profesor en la Universidad Complutense de Madrid, publica un nuevo libro, esta vez dedicado al pensamiento de Mark Fisher (1968-2017), teórico y crítico cultural que desarrolla sus reflexiones enmarcados en una visión crítica del neoliberalismo. Fisher, profesor de filosofía en la enseñanza secundaria en Reino Unido, crítico musical, miembro del colectivo interdisciplinar CCRU dedicado a la investigación cibernética que posteriormente abandona por su «derechización», ha impactado profundamente por sus análisis teóricos sobre la lógica neoliberal, su asfixia cultural, asociada a la borradora del futuro y la cancelación de la imaginación política y a la creciente presencia de las enfermedades mentales en nuestra sociedad «tardocapitalista». Su obra no es particularmente amplia, pero sí muy sugerente, con análisis muy acertados sobre nuestro presente, ese presente excesivamente y únicamente presente, que se concentra en títulos como «Realismo Capitalista», «K-punk» que reúne en 3 volúmenes textos escritos en su blog, «Los fantasmas de mi vida» y «Lo raro y lo espeluznante». En ellos, Fisher despliega una importante cantidad de ideas y argumentos teóricos, en un análisis que atraviesa el campo de las luchas culturales y políticas que incluyen la música, el cine y la filosofía y que nos

permiten comprender de mejor manera la lógica neoliberal. A partir de los análisis realizados por Frederic Jameson sobre un realismo que identifica todas nuestras relaciones sociales bajo el capitalismo tardío situadas en un presente posmoderno, Fisher acuñará la expresión «realismo capitalista» como un concepto que venía a dar cuenta del clima de la época, marcada por la crisis económica de 2008 y con ello la puesta en cuestión de la lógica neoliberal y que «capturaba por el pescuezo el espíritu del tiempo y llevaba a la nueva esfera pública contemporánea cuestiones teóricas de calado» (p. 21).

Todo el recorrido de Fisher y punto de inicio que tensiona todo el texto de Cano es la idea de Jameson que afirma que hoy nos resulta más fácil y posible pensar el deterioro o fin de la tierra que imaginar el fin del capitalismo, idea popularizada posteriormente por Žižek en la afirmación «parece más fácil imaginar el “fin del mundo” que un cambio mucho más modesto en el modo de producción, como si el capitalismo liberal fuera lo “real” que de alguna manera sobrevivirá incluso en condiciones de catástrofe ecológica global» (p. 22). En este sentido, el *Leitmotiv* de la reflexión fishereana, y que será la preocupación política, cultural y filosófica que moviliza el texto de Cano, es el problema de la imaginación política y de su borradura neoliberal. Toda la reflexión de Fisher se centra en dicha idea, convertida en el ethos de la lógica neoliberal y que podemos sintetizar en la pregunta ¿por qué nos cuesta tanto hoy imaginar promesas colectivas de futuro y asumir como real y definitivo un mundo plano y repetitivo, como un presente agotador y agotado? En la crisis de 2008, el crack financiero dejaba ver un posible espacio de fractura y de quiebre en la lógica neoliberal y sus dispositivos, una fractura en su carácter homogéneo y hegemónico. Podíamos imaginar esa transformación. En ese contexto, la crítica cultural realizada por Fisher, con un aparato teórico construido desde la filosofía y la sociología, se transformaron en el lugar desde el cual pensar la crisis de dicha lógica e imaginar su fin. Todo el arsenal teórico de Fisher se desplegará a partir de esta cuestión: imaginar políticamente el fin del neoliberalismo y del tardo capitalismo. Sin embargo, como sabemos, la crisis financiera no llevó a la caída del neoliberalismo sino a su aseguramiento. No cuestionó el poder del capital, sino que intensificó el neoliberalismo. Fueron las ayudas con dineros públicos a entidades bancarias y financieras las que salvaron el modelo. Es precisamente en ese giro de los acontecimientos que la obra de Fisher resulta esclarecedora, pues diagnostica con mucha agudeza

cómo esa lógica neoliberal termina por consolidarse e invadir todos los espacios de la vida. Y dicho trabajo teórico finalmente se evidenciará como trágico, pues precisamente la muerte de Fisher, su suicidio, ocurre cuando el neoliberalismo adquiere cada vez y de manera más evidente un carácter autoritario, no el de Thatcher, Reagan y Pinochet con su promesa de futuro, sino un neoliberalismo que ha borrado toda luz de futuro bajo la forma de un presente agotador que naturaliza su día a día como un espacio que nunca deja de estar ahí presente, a pesar que deseamos su fin. Como afirma Fisher, tras la crisis de 2008, «las ideas neoliberales son como la letanía de una religión, cuyo poder social ha sobrevivido a la capacidad de fe de sus creyentes. El neoliberalismo está muerto, pero persiste» (p. 31).

El realismo capitalista no logra esta persistencia zombie gracias a una operación de propaganda o de publicidad. Ese realismo no es un lema, sino que es una atmósfera, aquel medio en el cual respiramos y vivimos. Esta atmósfera, que se vive como asfixiante, produce cultura y, al mismo tiempo, regula el trabajo y la educación, impidiendo el pensamiento y la acción crítica. En este sentido, el trabajo de Fisher como funcionario público de una institución de enseñanza secundaria en el gobierno laborista de Blair es el lugar desde el cual le toma el pulso y respira la lógica neoliberal, comprendiendo cómo se constituye el consentimiento de los sujetos y cómo se configura en un modelo universal y mundial. Un consentimiento político que aspira y produce pasividad no entusiasmo, que busca disgregar y atomizar voluntades y deseos más que producir una colectividad y una comunidad y que, finalmente, busca bloquear toda resistencia y crítica incitando a la resignación. Esta producción de pasividad, ayudada por toda la producción cultural, creará impotencia política. Lo que Fisher detecta es cómo en la educación el proceso neoliberalizador se asienta de manera mucho más evidente. El trabajo en ese espacio educativo, gracias a un constante sistema burocrático y de seguimiento del trabajo docente, terminará por construir y producir una subjetividad que, como decíamos anteriormente, termina por consentir y asumir la lógica neoliberal como una naturaleza dada e imposible de transformar, asfixiando toda imaginación y voluntad política. Resulta interesante advertir cómo en la mayoría de los países el modelo se asienta en gobiernos socialdemócratas, en estados de bienestar o en gobiernos de «izquierdas» que terminan por destruir ese estado que aparentemente protegían o defendían. Tal como lo cita Cano,

se dice que preguntada Thatcher sobre cuál había sido su mayor logro, su respuesta fue «Tony Blair» (p. 30). Y aquí emerge una cuestión muy interesante. La vivencia de esa lógica asfixiante que describe Fisher está asociada a un elemento que históricamente se asocia a los gobiernos socialistas: la burocracia. Si el neoliberalismo en sus inicios o primeras versiones apuntaba a una desaparición del estado como manifestación de una burocracia que impedía la libertad, vemos cómo en la actualidad se ha ido consolidando precisamente gracias a un aparato burocrático y de control, es decir como un dispositivo, que para Fisher tiene su expresión más nítida en el ámbito educacional. Esta producción de la vida desde el tardocapitalismo, configurada y vivenciada especialmente en la institución educativa, construye una «normalidad» neoliberal con frenéticos ritmos de ansiedad, lo que llevará no solo a la ideología del coaching sino, también, a la estigmatización terapéutica del sujeto bajo el imperativo de la felicidad y éxito (p. 42). Es este malestar, tanto el de Fisher como el nuestro, frente a esa normalidad el que se transforma en el motor de la crítica. Es la enfermedad mental como efecto de la violencia neoliberal la que le preocupa y nos tensiona.

¿Cómo pensar la transformación del modelo? Es aquí donde Cano profundiza en el aspecto que podríamos llamar propositivo de la obra de Fisher y que se centra en pensar el “modernismo popular”, no un modernismo ya cancelado en el neoliberalismo como posmodernismo modernizador o como una modernidad de promesas incumplidas, sino cómo pensar una modernidad que asuma sus espectros, sus fantasmas, sin dejarlos partir, sin dejarlos ir. Es una modernidad donde las promesas no son convocadas nostálgicamente, sino que son convocadas porque fueron promesas que jamás se cumplieron. Es esta particular hauntología de Fisher. Esta plantea un vínculo con el pasado, una relación que no es memoria retrospectiva sino recuerdos nuevos, repeticiones productivas. La hauntología expresa para Fisher una insatisfacción con la clausura o borradura del futuro (p. 82). Así, si la retórica de la modernidad fue atrapada por el relato de la modernización neoliberal y frente a esto la izquierda solo la ha traducido como una funesta ideología del futuro, Fisher quiere pensar o volver a pensar una modernidad, pero popular, que se transforma en una consigna de la batalla cultural, que no solo no cede la modernidad al neoliberalismo agotado, que se expone en sus promesas incumplidas sino que también frente a una modernización progresista lineal propia del reformismo

social demócrata. La apuesta es recuperar el fantasma de lo público, de lo común, pero entendiendo fantasma no como algo arcaico que debe traerse nostálgicamente desde un pasado superado, sino precisamente porque ese fantasma no ha sido realizado y no debemos dejarlo partir, debe vivir con nosotros. Dicho de otro modo, la modernización neoliberal nos ha hecho creer que la autopista, para decirlo en una imagen, es la única ruta que podría tomar la modernización, pero hay también otro modernismo, el de Berman, que apela a un modernismo, no de la autopista, sino de la calle y del espacio público (p. 88). Así, la apuesta es por la posibilidad de recuperar la imaginación política no lanzados a un futuro incierto, sino a la recuperación de los espectros de una modernidad que adquiera un carácter popular, para así imaginar un furo político donde lo cultural y lo común adquieran otro sentido.

El libro de Germán Cano no tiene desperdicio, es un trabajo interesante e intenso por presentarnos de manera clara, organizada y concisa las apuestas teóricas del crítico cultural. Es también una apuesta personal de Cano por vislumbrar posibilidades de pensar la izquierda en momentos en que el neoliberalismo autoritario quiere presentarse como definitivo. Por todo ello, invitamos a la lectura de este estupendo texto que de seguro será materia de discusión en los ámbitos intelectuales y filosóficos de habla castellana.

Víctor Berríos Guajardo  
Universidad Complutense de Madrid  
vberrios@ucm.es  
ORCID: 0000-0002-1872-9604